

Reseña de / Book Review of: Herrera Reviriego, José Miguel, *Manila y la Gobernación de Filipinas en el mundo interconectado de la segunda mitad del siglo XVII*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2022, ISBN 978-607-8794-79-9, 780 pp. Prólogo de Manel Ollé.

Carlos Martínez Shaw

Real Academia de la Historia, España / cmshaw@geo.uned.es
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0859-9006>

Dentro de la creciente publicística sobre la historia de las Filipinas y, en general, de la presencia española en Asia, este es un libro de excepcional significación. Mientras que la literatura sobre esta temática ha venido centrándose en los aspectos económicos y, muy especialmente, en los avatares del Galeón de Manila (y hay que decir que a justo título, porque los españoles filipinos lo consideraban el verdadero «nervio de la república» y el factor indispensable para la conservación de las islas dentro de la órbita de la Monarquía Hispánica), la obra de José Miguel Herrera se centra en la segunda mitad del siglo XVII, en el momento en que el monopolio hasta entonces incontestado de la ruta entre Manila y Acapulco deja de ser suficiente para el mantenimiento del archipiélago y exige una nueva política económica y diplomática gestada y conducida desde el Gobierno Superior de Filipinas. La línea comercial que convertía a Manila en el *entrepôt* único y necesario para garantizar el tráfico entre Fujian y México sobre la base del intercambio de la plata americana contra la seda y otros productos asiáticos expedidos desde China deriva hacia una relación plural de Manila con su entorno, hacia una diversificación de los mercados y de los agentes mercantiles, e incluso hacia una incipiente participación de la producción local en el sistema de intercambios (una tendencia que no se hará efectiva hasta finales del siglo XVIII, con el abacá y la palmera cocotera abriendo el camino a la entrada del arroz, el algodón y el azúcar entre las exportaciones propias del archipiélago).

De ahí que este novedoso enfoque constituya uno de los principales valores del libro. Circunstancia que le ha valido un primer elogio de uno de nuestros mejores conocedores de la historia del Asia española, Manel Ollé, de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, autor del magnífico

prólogo que culmina con el siguiente veredicto que podemos suscribir sin reticencias:

Durante la segunda mitad del siglo XVII, Manila empieza así a escapar al papel de mero enlace entre Fujian y México: deriva hacia un modelo de *entrepôt* pluridireccional a través de una proactiva acción diplomática de diversificación de mercados, con envío de embajadas a Tonquín, Siam, Camboya, Macasar, Borneo... El libro [...] de José Miguel Herrera Reviriego explora de forma detallada y magistral estas dinámicas a partir de materiales de archivo inéditos y conectándolos de forma inteligente con las narrativas históricas interconectadas, globales y regionales, que permiten vislumbrar su alcance y su sentido.

La obra se articula en una introducción, dos partes bien diferenciadas y unas conclusiones. La introducción es una perfecta justificación del marco teórico de la obra: la «primera globalización» y la «historia conectada» según la propuesta de Sanjay Subrahmanyam. De ahí que el estudio de la realidad concreta de Filipinas se emprenda desde tres escalas: la local (con Manila como epicentro), la regional (con las relaciones de las Filipinas con los territorios «hispanicos» de su entorno) y la global (con el análisis del papel jugado por el archipiélago en la *world history* del siglo XVII). El protagonismo de centra por tanto (de ahí el título de la obra) en el propio Gobierno General de Filipinas y en el papel desempeñado por sus sucesivos titulares. Un apunte bibliográfico cierra este capítulo, en el que se insiste en la escasez de trabajos para este periodo, que solo últimamente (y paulatinamente) está llamando a la puerta de los investigadores para salir del olvido.

La primera parte se abre con una ordenada exposición de las instituciones que sustentaban la gobernación española en Asia, concentradas en la ciudad de Manila, «la capital de todas las demás [ciudades], residencia del gobernador y del arzobispo y sede de la Real Audiencia», según un anónimo religioso de la época. La ciudad, sin embargo, había entrado en un profundo periodo de decadencia, que el gobernador Sabiniano Manrique de Lara, al tomar posesión del cargo en 1653, no se recataba en describir de la manera más cruda en una carta exhumada por el autor en el Archivo General de Indias:

Esta falta de regidores y omisión grande del gobierno superior se experimentaba bien en el aseo y limpieza de las calles, plazas y obras públicas, pues estaban las calles tan embarazadas con inmundicias y con la piedra que se había demolido con el terremoto grande que sobrevino años antes que más parecía habitación de fieras que república de hombres.

Y, sin embargo, este estado de abatimiento pudo ser también una ocasión para impulsar el cambio, para emprender la reconstrucción económica y social, en definitiva, para la revitalización de la gobernación filipina. En otras palabras, la crisis dio paso a un nuevo dinamismo en la segunda mitad del siglo XVII.

El resto de esta parte lo dedica el autor a estudiar primero algunos de los diversos elementos que caracterizaban a la ciudad de Manila en este periodo, como la estructuración de la ciudad según el origen étnico de sus pobladores o la construcción del sistema defensivo de la bahía manileña. Después, el interés se focaliza en el conjunto del archipiélago y así se atiende a la distribución administrativa de los territorios hispánicos, la distribución religiosa, el sistema de defensa, los sistemas de gobierno y las formas de vida de las distintas provincias. Y, por último, se analizan las relaciones de Filipinas con otros espacios y otros enclaves, como los de China, Japón, Formosa, Macasar, Bantam, Aceh, Banjarmasin, Johor, Camboya, Siam, Tonkín, Cochinchina, Brunei, Joló, Mindanao, Tidore, Ternate, Siao y, más allá, las costas de Coromandel, Malabar y Bengala, Ceilán y Persia. A todos y cada uno de ellos dedica el autor unas inteligentes líneas.

La segunda parte estudia los avatares de las Filipinas individualizadamente durante los mandatos de los distintos gobernadores, empezando por el de Sabiniano Manrique de Lara (1653-1663). Su etapa de gobierno estuvo polarizada por las complicadas relaciones con el caudillo legitimista Zheng Chenggong (conocido como Koxinga), comandante de una poderosa talasocracia, cuyos títulos no estaban demasiado claros (a falta de algo mejor, «el que rige y gobierna las costas marítimas del reino de China», le denomina en una ocasión el gobernador español). Sigue toda la peripecia de las relaciones con Koxinga, con la ocupación de Formosa, convertida por primera vez en un estado independiente, las embajadas intercambiadas, las constantes amenazas sobre Manila del corsario que nunca llegaron a concretarse en un ataque militar, así como tampoco las de sus herederos.

El estudio del gobierno de Sabiniano Manrique de Lara, uno de los más interesantes desde el punto de vista de los acontecimientos, es también, en singular, uno de los mejores del libro. Aquí se analizan con todo detalle, la crisis de la alianza con Tidore y con Manados en Sulawesi, las revueltas en Filipinas de la Pampanga y de Pangasinán (originadas por el régimen de los cortes de madera para la construcción de los galeones), la nueva sublevación de los sangleyes en 1662 y, finalmente, la dolorosa y controvertida decisión adoptada en el mismo año de abandonar los presidios meridionales

(en las Molucas y en Mindanao), con la consiguiente pérdida de influencia en la región.

El gobierno de Diego Salcedo (1663-1668) se abre con una vocación reformista, pero se cierra con una gravísima confrontación social. La política de reformas se dejó sentir en la administración, la economía, la hacienda (con la presión para el incremento del situado mexicano), la fuerza militar, la expansión interior (con la incorporación de las regiones sin hispanizar de los negritos y los zambales), que tuvo como punto de partida la supuesta existencia de ricas minas de oro. Un tratamiento particularmente brillante se da a las relaciones con los neerlandeses de Batavia, fuertemente contestadas en el propio archipiélago, en el virreinato de México y en la propia metrópoli, primero cuando el gobernador se propuso incrementar las transacciones comerciales bilaterales, contrariando todas las políticas anteriores basadas en la exclusión sistemática de la VOC del comercio de Filipinas, y luego cuando la ocupación por los holandeses de la importante plaza comercial de Macasar en Sulawesi obligó a los españoles de Filipinas a renunciar a una ruta ya consolidada y a explorar el contacto con el *entrepôt* de Bantam en el estrecho de la Sunda. Finalmente, otro apartado relata el inicio de la ocupación española (impulsada por los jesuitas desde 1668) de las islas Marianas, que se integrarían en la gobernación filipina a modo de una subgobernación, proceso del que estamos cada vez mejor informados gracias a los trabajos propiciados por la conmemoración del quinto centenario de la llegada de los barcos españoles a las islas en 1521.

Diego Salcedo tuvo la virtud de enemistarse con las instituciones y los personajes más influyentes de Manila, sobre todo con el estamento eclesiástico (el arzobispo, el cabildo catedralicio y las órdenes religiosas). El conflicto llegó a tal punto que una conspiración, urdida por los franciscanos y algunos miembros del cabildo secular con la colaboración necesaria y beligerante del comisario del Santo Oficio, condujo a su detención y a su ingreso en la prisión de la Inquisición el 10 de octubre de 1668. Tras un complicado proceso para encontrar sucesor, el nombramiento de gobernador interino recaería en el oidor José Manuel de la Peña Bonifaz (1668-1669), quien no hizo sino agitar el «avispero manileño» durante el año escaso que duró su mandato. Ambos gobernadores conocieron una suerte parecida: Salcedo murió en el galeón que le conducía preso a México «en extrañas circunstancias», mientras Bonifaz, condenado a la misma suerte, moría antes de que zarpara el galeón «de una extraña enfermedad» y, como señala el autor, «después de haber permanecido completamente sano durante los

más de tres años que duró su encierro entre las paredes de los conventos de la ciudad».

Manuel de León (1670-1677) tuvo que ocuparse del restablecimiento de la situación, mediante la reducción del poder de la Iglesia, la reestructuración de la fuerza militar, la sustitución de los holandeses por los portugueses en el trato de nación más favorecida (lo cual se concretó en la recuperación del comercio entre Macao y Manila que quedó, sin embargo, anulada por el propio gobernador, obligado por las protestas de los vecinos de la capital a prohibir el trato con los portugueses en 1677) o la consolidación de la presencia armenia en el tráfico de Manila. En el entorno de las Molucas, la cuestión más relevante fue la resistencia de Siao (en el archipiélago de las Sanghir, en Sulawesi) a pasar de la amistad con los españoles de Filipinas al dominio de las Provincias Unidas, cosa que finalmente ocurrió en virtud de su conquista en 1677, cerrándose así un capítulo de la presencia de la Monarquía Hispánica en Insulindia. Finalmente, el mandato de Manuel de León coincide con la definitiva implantación de los españoles en las islas Marianas, no sin resistencia por parte de los nativos, que se manifestó en el martirio del jesuita Diego Luis de San Vitores en 1672 y conllevó la conquista militar de la isla de Guam y, posteriormente, de todo el archipiélago.

A renglón seguido, el gobierno interino de Francisco de Montemayor (1677-1678) dio paso al mandato más dilatado de Juan de Vargas Hurtado (1678-1684), unidos ambos por una política común, perfectamente analizada por el autor. Por un lado, Manila expandió su comercio de forma espectacular, a la vez como epicentro de un tráfico pluridireccional y como cabecera de una revitalizada ruta del Galeón de Manila. Por otro lado, la conflictividad de los quince años anteriores se prolongó en otra época de acusada inestabilidad interna: conflictos en el seno de la Audiencia y enfrentamiento por la cuestión del situado con el virrey de Nueva España.

El nuevo gobernador, Gabriel de Curucelaegui (1684-1689), llevó a cabo una política de pacificación tanto interior, como exterior. Así, desactivó los conflictos heredados del gobierno anterior, apoyándose en el cabildo catedralicio y en las nuevas promociones de jóvenes militares formados precisamente bajo el mandato de Juan de Vargas, e hizo frente a una nueva revuelta de los sangleyes (1686), aunque es verdad que esta no revistió la virulencia de las anteriores. En sus relaciones exteriores propició el entendimiento con otras potencias, fomentando el comercio con China, con la India y con Siam, aunque en contrapartida disminuyó la presencia en el tráfico de los mercaderes armenios y portugueses. A nivel diplomático, todo

fueron éxitos, pues el gobernador supo consolidar las buenas relaciones con los sultanatos de Mindanao y de Joló, al tiempo que firmaba un tratado de paz con el sultanato de Brunéi. Finalmente, la implantación de España en las Marianas hubo de superar todavía una violenta revuelta indígena en Guam, que acabó con la vida de varios misioneros jesuitas y mantuvo el asedio del fuerte de Santa Guadalupe durante varios meses hasta la llegada del sargento mayor José de Quiroga, que restableció el dominio hispánico tras la consiguiente represión de los sublevados.

Tras un corto periodo en el que la Audiencia ejerció el gobierno interinamente (1689-1690), el siglo se cierra con el mandato de Fausto Cruzat (1690-1701), que el autor caracteriza fundamentalmente como un gobierno entre dos siglos, como «un periodo puente que unirá los últimos coletazos de las políticas de los Austrias con las dinámicas del siglo XVIII», siguiendo en ello el excelente trabajo de José Ángel del Barrio, *Filipinas y la guerra de Sucesión española: avatares y sucesión en un frente secundario, 1701-1715* (Valladolid, 2015), tal vez el mejor estudio de este conflicto en cualquiera de los territorios del imperio ultramarino de la Monarquía Hispánica.

Concluye el autor con una serie de afirmaciones que podemos suscribir sin ninguna objeción. Por un lado, Manila, durante la segunda mitad del siglo XVII, mantuvo una red de conexiones múltiples con China y Japón, por supuesto, pero también con Taiwán, Tonkín o Bantam, llegando hasta las costas indias de Coromandel y hasta el Imperio safaví, por lo que resulta «un territorio clave para entender el fenómeno de la primera globalización [...] uno de sus puntos nodales». Por otra parte, las Filipinas en su conjunto constituyeron «una pieza con características y dinámicas propias, claramente diferenciada del resto de los territorios indios bajo la jurisdicción de los Austrias de Madrid». Igualmente, Manila se convirtió en «una sociedad multiétnica, variada y multicultural, en la que convivían [...] tanto americanos como europeos, chinos, japoneses, africanos, moluqueños, indígenas filipinos, indios y armenios, así como un sinnúmero de mercaderes llegados desde los puntos más remotos del océano». Por último, digamos que en el marco cronológico del estudio se contraponen la época de fines del siglo XVI y primera mitad del XVII, signada por los hechos bélicos, a la segunda mitad de la centuria, en que predominaron las relaciones comerciales y diplomáticas, es decir unas relaciones bilaterales que permitieron, no sin momentos de conflictos y retrocesos, una progresiva estabilización regional.

Esta época es la que José Miguel Herrera Reviriego analiza a la vez con minuciosidad y con profundidad. De ello dan testimonio los magníficos apéndices (el glosario, la lista de los gobernadores de Filipinas y de otros mandatarios de la región, la relación de fuentes impresas y la completa bibliografía). Y no menos el impresionante aparato crítico, en el que hemos contado un total de 2174 notas a pie de página. Por tanto, nos hallamos ante el mejor y más completo de los libros escritos sobre las Filipinas y su entorno en el periodo estudiado, ante una obra imprescindible.